

En una casa con patio, H entra en la cocina con un cuenco de comida para perros en la mano.

H. Empezamos bien el día.

M. ¿Y eso? ¿Cómo es que no se la has dejado?

H. Está muerto.

M. ¿Muerto? ¿Quién?

H. Pues el perro.

M. ¿Friki? ¿Nuestro Friki?

H. Sí, claro, ¿Cuál si no?

M. Está de broma, seguro. Eso es que está jugando. Ya sabes que le gusta hacerse el muerto.

H. Está frío.

M. No.

H. Con rigor mortis.

M. ¿Con rigor...?

H. Sí, vamos, que está tieso.

M. No puede ser. Pero si anoche estaba tan contento.

H. Pues en el patio está. Asómate y verás.

M. No, por favor; preferiría no verlo.

H. Y te lo dije: no dirás que no te lo dije. No quiero perros en casa. No me gustan.

M. ¿Porque se mueren?

H. Sí, porque se mueren.

M. ¿Cómo puedes decir una cosa así?

H. Pues porque es la verdad. O si no, ya ves: ahí lo tienes.

M. ¿No se lo estarás echando en cara?

H. A él no, a ti.

M. ¿A mí?

H. Sí, a ti; que si por ti fuera, esto sería el Arca de Noé.

M. Dan compañía. ¿O no dan compañía?

H. Hasta que se mueren.

M. Todos acabaremos muriéndonos.

H. Pues ese es el problema. No me gustan los entierros. Porque ahora habrá que enterrarlo.

M. Sí, claro.

H. Y me tocará a mí. Tendré que encargarme yo.

M. Te lo agradecería.

H. No quiero más afectos que los imprescindibles, que los afectos duelen. Puede que no al principio; pero, a la larga, duelen.

M. Eres un egoísta.

H. No te digo que no. Aunque ya ves: no lo suficiente. Porque es que yo ahora tengo que irme a trabajar. Tengo trabajo, ¿sabes? No es que sea una gran cosa, pero de eso vivimos. Así que habrá que ver qué es lo que hacemos para solucionar este puto engorro.

M. A veces resultas odioso.

H. ¿Solo a veces?

M. ¿De verdad piensas lo que estás diciendo?

H. No.

M. ¿Pues entonces por qué lo dices?

H. Porque me da rabia.

M. No te entiendo. Te juro que no te entiendo.

H. Habrá algún servicio municipal que se ocupe de estas cosas.

M. Seguro.

H. Miraré a ver.

Sale y vuelve de inmediato con un portátil en el que comienza a navegar.

M. ¿Y de qué habrá sido? Porque no era tan viejo.

H. También los perros tendrán sus infartos. Vamos, digo yo.

M. Con lo que te quería; que se ponía como loco cuando oía las llaves.

H. Pues ya ves: y aun así se ha muerto.

M. ¿De verdad no te da pena?

H. Me da, pero ahora no tengo tiempo. Y sí, mira, aquí está. En veinticuatro horas pasan a recogerlo.

M. ¿Para?

H. Para llevarlo al pudridero. Ahí es donde terminan los afectos, ¿no?, en el pudridero.

M. Pues qué bien.

Oscuro. Muy oscuro.